

⊗ ⊗ ⊗ ⊗ ⊗ ⊗ LA COLONIA  
PERFUMADA ⊗ ⊗ BERNARDO  
DIAZ NOSTY ⊗ ⊗ ⊗ ⊗ ⊗ ⊗ ⊗ ⊗



⊗ ⊗ ⊗ MÁLAGA ⊗ 2000 ⊗ ⊗ ⊗

# LA COLONIA PERFUMADA

**BERNARDO DÍAZ NOSTY**

**LA COLONIA PERFUMADA**

**MÁLAGA, 2000**

*A Gonzalo Torrico, que puso en  
mis manos una placa de plata  
que debería haber entregado  
Miguel Ángel Aguilar...*

Cuando Arnald paseaba por la planta baja del gran hotel, un trajín de gente endomingada descubría que era viernes por la tarde y estaba en provincias. Una especie de comité de recepción formaba a la entrada de la sala de conferencias, decorada con largas tiras de tela blanca que iban desde el techo hasta el suelo y le daban un aire de gran carpa, abierta en uno de sus laterales al verde exuberante del jardín. Arnald saludó a los notables que formaban en la puerta y se detuvo ante un joven empresario con el que entabló conversación, sin saber que la persona que había conocido horas antes era uno de los que encabezaba el protocolo del acto. Y así fue como quedó incorporado al grupo que saludaba, uno tras otro, con un apretón de manos, a quienes iban llegando a la sala.

Santa Cruz es una ciudad grande. Casi todos hablan del millón de habitantes que la pueblan, pero la esencia endomingada, el abolengo rancio, se cuenta por millares,

y sus familias se reconocen entre sí sin dificultad, con el saludo educado y cortés, templado como el anochecer húmedo después de la lluvia tropical de la tarde.

Hasta tres generaciones de perfumes tenues, de peinados sin descuidos y con fijador, se daban cita en la sala. Llegaban por apellidos y, después de cruzar el pasamanos social de la bienvenida, se desgajaban en pequeños grupos, de hombres unos, de mujeres otros. Una puesta en escena que repetía la retórica de los gestos y una parsimonia aprendida los domingos a la salida de misa de doce. Tal vez aquí, al caer la tarde, el perfume es más penetrante y nítido, identificable, mientras que el dominical tiene algo de efluvio, sale por la puerta grande de la iglesia, empujado por la felicidad que parece dar la gracia, y huele a amalgama de fragancias, con el refinado añejo de la madre umbría del templo.

Como en los grandes días, el arzobispo, el jefe militar, el prefecto, meritorios con oficio y los más notables, generalmente sin

oficio, departían con un entusiasmo menguado, recitando el abecedario de la educación castellana, con el que estaba escrito el pacto de sociedad de los dominadores. Ni una palabra malsonante, ni un cabello despeinado, ni una mirada atrevida en el tra-siego de manos y besos, o de manos sin besos, o de inclinaciones de cabeza que se cruzaban hombres y mujeres. Todos hablaban y casi todo lo que se decía era conocido o previsible. Se repetían las palabras del último encuentro y del anterior, con la discreción del papel bien ensayado y mejor interpretado, donde la improvisación raya en el atrevimiento y queda para el artificio extraordinario de los artistas o la exhibición de poder de los líderes.

Se ocupaban así, en preguntas y respuestas convenidas, los interminables treinta minutos de retraso con los que solían empezar los actos. Luego venían los discursos, cuyo final desencadenaba la gratitud de los jugos gástricos ante la proximidad de los canapés, las empanadas y los tragos.

Arnald seguía en la puerta del salón, con el empresario joven, en el cortejo de quienes parecían notables, entre los que había una señora, marcada en satén negro, con voz inaudible, aún más notable por una sonrisa triste y permanente; su mayor mérito parecía ser la práctica de la pasamanería social, papel reservado, según la lógica de tantos lugares, a alfabetizadas viudas de ilustres.

Cuando se supo que habían llegado los que tenían que estar, las gentes recobraron el orden de sus apellidos y se acomodaron en las sillas forradas con cretona blanca. El comité de recepción se encaminó hacia el estrado que presidía el salón, con la soltura imponente de quienes se saben observados y gozan con la representación.

Arnald fue empujado como uno más de la procesión y su desconcierto le llevó a tropezar con el escalón que subía a la tarima y

tambalearse, sin poder preguntar qué se quería de él. Sus gestos le delataban como un tipo tímido, desposeído de la naturalidad social que dan las salidas de la misa dominical en provincias, sin la raya eterna que plisa la mucama con plancha de acero en los pantalones del varón, con el desaliño propio del anonimato urbano.

Cuando un joven engominado con el peine de sus mayores anunció el orden del acto, Arnald pudo saber que allí se homenajeaba a un patricio de nombre Julián. El muchacho, con una solemnidad que se compadecía con el texto ampuloso que le guiaba, comenzó a dar la palabra a las personas que se sentaban en el estrado. Mientras hablaba el primero de los oradores, con un discurso universal que tanto valía para ensalzar la obra de un genio, de un príncipe de las letras o de un santo varón –siempre varón, porque no hay mujeres entre los prohombres-, el muchacho corrió hasta Arnald para entregarle una caja bien envuelta y susurrarle algo al oído.

— ¡Entréguesela a don Julián cuando yo le avise! Es una placa...

El desconcierto sobrecogió a Arnald, cuyos movimientos de impaciencia en la silla destacaban sobre la quietud escultórica del resto de la mesa.

— ...Él es el crisol donde se funden las esencias de nuestro pueblo cruceño –se esforzaba en brillar el segundo orador, que saboreaba la entrega de un público que le seguía sin pestañear-; es el yunque donde se forja el mejor ejemplo para nuestros jóvenes; es la sabiduría, que es hija de dios...

Su relativa brevedad –había dicho seré breve y el auditorio temió lo peor- era extraña en la oratoria barroca y, tal vez por ello, fue el más aplaudido de la tarde.

— El prestigioso licenciado Arnald González, que ha venido desde la madre patria a homenajear a don Julián, va a dirigirse a todos ustedes.

Arnald dejó caer sobre la mesa la placa de plata. Acababa de desenvolverla con disimulo, para no ser descubierto por el audi-

torio, que, sin embargo, había seguido su proverbial azoro con la atención de quien trata de adivinar qué va a sacar el prestidigitador de la chistera.

— Quiero unirme al merecidísimo homenaje que se brinda a don Julián —pudo oírse Arnald, acelerado y nervioso, antes de perderse en un torrente que fluía sin control, bordeando los acantilados del disparate, con un oficio del adjetivo mal aprendido.

Desde el atril conducía las palabras siguiendo las expresiones de incompreensión y ausencia del público, que en un primer plano, en la primera fila, tenía a los varones más distinguidos.

Al arzobispo le distinguía no sólo la excepción de sus cabellos blanquecinos mal peinados, que chocaba con el tapizado uniforme de las testas de los hombres, sino también un bonete de tela púrpura que reivindicaba una dignidad negada por dos mal lavados lamparones en su sotana blanca y un calzado sin brillo, reseco y abarquillado. A su lado, el general con mando en la

plaza escenificaba la adusta mirada que la razón gusta dar a la fuerza, afirmada por la plancha perfecta en el uniforme immaculado. Sin aparato de condecoraciones, sus estrellas competían con la autoridad rotunda del azabache de su poblado bigote. Sin bigote, pero con el cabello tan negro, arado por la sementera del peine, el prefecto, amigo de pocos amigos, vigilante hasta de su gesto, con la mirada de quien parece saber todo de todos, o eso aparenta, y se limita, por el momento, a perdonar vidas del prójimo. Cerca de estas expresiones inequívocas de poder, en una silla de ruedas, frágil, una anciana más que pálida, con estallidos de colorete en los pómulos y el encarnado invasor de sus labios arrugados, tan ausente como los demás presentes.

A Arnald, en un destello de consciencia, le gustó una de sus frases y, sin saber si llevaba cinco o cincuenta minutos hablando, decidió no esperar más. Estalló una ovación cerrada, que estaba en los códigos de hospitalidad y cortesía locales, acrecentada ló-

gicamente por el plus de madre patria, que desconcertó al orador. Arnald parecía olvidar por momentos que su verdadera misión no era predicar en el desierto de las ideas, sino entregar una placa de plata a don Julián.

A los fotógrafos mostachudos, morenos hijos de la tierra, parecían atraerles los abrazos, los aplausos y unas lágrimas bajo las lentes de don Julián. Y descargaron más flashes que periódicos había en la ciudad. En uno de los laterales, formaban una docena de camareros. Su quietud impacientaba a más de un aprovechado asistente, a todos los que trataba de adivinar con la mirada la bondad de las bandejas repletas de viandas y bebidas.

— Pueden disolverse —dijo el muchacho maestro de ceremonias y, al percatarse de la naturaleza castrense de la expresión, exclamó en voz baja, pero aún audible por los altavoces de la sala: “creo que la he metido...”

El orden de las familias volvió a romperse

y hombres y mujeres se reunieron en pequeños grupos para asistir al último pase de revista social del día. Las mujeres, que lucían una abusiva belleza criolla, se repetían en secuencia generacional con inequívocos rasgos de familia. Abuelas, madres e hijas parecían vestirse de la misma tela de la historia.

En los corrillos de los hombres, en los que no participaba el arzobispo, se daba una licencia verbal que, sin llegar a la grosería, permitía ciertos atrevimientos viriles, generalmente referido a los encantos femeninos. El purpurado daba cuenta de los canapés y “joven, tráigame un vinito” con el regocijo propio de ser excepción cerca de las damas. Éstas aprovechaban la ocasión para preparar ceremonias, misas, comuniones y otros actos del mismo corte, que tanto trabajo han dado en los dos últimos siglos a las hacendosas modistas locales.

Los camareros correteaban los grupos, con la experiencia extraordinaria que les daba conocer a los campeones de la glotonería

local.

En la explanada exterior formaban, cerca de sus chóferes, las *movilidades altas*, como denominan allí a los vehículos de todo terreno, muy comunes entre la gente acomodada de Santa Cruz. Casi al unísono, pusieron en marcha los motores de docenas de aquellos furgones para no hacer perder ni un segundo a los patrones en la tierra de la calma. En la puerta, a la salida del acto, dos niñas hermosas, con la belleza expresiva de las guaraní, pedían unas monedas. Las gentes de bien, aun siendo viernes, agasajaron a las chiquitas con el inequívoco comedimiento de la caridad dominical.



